

LA FELICIDAD.



El hijo del Ticiano y Beatriz Donato.—Cuadro de Heilbuth.
SEGUNDA SERIE.—1861.

AÑO XIX. 13.

Feliz el que nunca ha visto
Mas río que el de su patria
Y duerme anciano á la sombra
Do pequeñuelo jugaba.

(LISTA.)

Acababan de entrar tres almas envueltas en la carne en sus cuerpos. Comenzaban al mismo tiempo ese viage que al marchar se llama *nacimiento, y muerte* á la vuelta. El que hubiera visto la una, hubiera visto las otras; en todo eran semejantes. Tres páginas en blanco en donde nada se hallaba escrito y únicamente dispuestas á recibir una sensación, la primera que experimenta el hombre, el padecimiento.

Aun cuando juntas partían para llegar al mismo objeto, cada cual de ellas debía seguir un diferente camino.

Cerca de uno de los recién nacidos se hallaba una mujer, cuyas miradas no acertaban á separarse de él.

—¡Señor, murmuraba, que no sufra mi hijo, ni el frío, ni el hambre, ni conozca jamás la necesidad! Concededle la fortuna que hace al hombre independiente, considerado, feliz.

Cerca del otro niño se hallaba igualmente una madre. Aquella mujer estaba débil y pálida, pero radiante de ternura y de orgullo. En su ardiente afecto conocía que era nada delante de Dios y de los decretos de la Providencia, y cual la otra madre también oraba.

—¡Ah, señor! decía, yo no puedo mas que amarle, pero tú que haces robusta á la encina y débil á la yerba, coloca á mi hijo mas alto que los que le rodeen, que á todos los esceda y sobrepuje, no por la fuerza que tú concedes á las mas miserables criaturas, sino por lo que verdaderamente eleva al hombre sobre los demás, por lo que mas le aproxima á tí: concédele el genio!

Por el tercer niño nadie invocó al Señor, vino huérfano al mundo.

Dios en su bondad quiere dar, y quiere que se le pida: por baja y humilde que sea la oración sube al cielo y es oída si se hace con fervor. Dios oyó á las dos madres. Permitted que la vida de uno de los niños se pasase en la opulencia, y colocó en el cerebro del otro el genio, una llama que alimenta una lágrima.

Si, Dios, ama á las madres y á los niños, á aquellas por su amor, y á éstos por su inocencia: hace una elección entre estos últimos. Los que prefiere entre todos son los huérfanos, pobres corazones quebrantados, existencias solitarias, errantes, privadas de guía en el laberinto de la humanidad. Dios tuvo compasión de la tercer alma que permanecía aislada, y él mismo le eligió su suerte.

Esa suerte fué una sonrisa.

Entraron los tres niños en la vida por caminos diferentes, y mas separados que por montañas y por mares, con toda la distancia de la gerarquía y del pensamiento.

Vivió el primero al abrigo del sol y del viento, sin hambre, sin frío, sin pesar, sin los sacudimientos que quebrantan ó fortifican el alma. Su existencia fué un cuadro sin sombra, todo de azul y color de rosa, sin la satisfacción del deseo realizado, sin la esperanza que nació del seno mismo del dolor. Igualmente impotente para el mal que

para el bien, incapáz de odio y de amor, espíritu sin color, corazón apagado, savia sofocada.

—¿No es verdad, hijo mío, le decía su madre afanada por complacerle, que eres feliz en el mundo? ¿Nada tienes que envidiar, nada tienes que desear? Y él arrojando una mirada triste y apagada sobre el lujo que le rodeaba, y sondeando vagamente el vacío de su alma, contestaba:

—Madre, me fastidio.

El otro era un niño extraño, sombrío como el pensamiento, radiante como una aureola, ardiente en su odio como en su ternura, cantando hoy al son de su guitarra en medio de deshojadas rosas su alegría como el hijo del Ticiano con Beatriz Donato, y mañana silencioso, abatido y místico de dolor.

—¡Ay! pensaba la madre al contemplar su frente de meditando y pálido poeta. ¿Me habré equivocado?

El tercero, el huérfano, no conoció ni los goces de la fortuna, ni la embriaguez del genio, ni el fastidio de la saciedad, ni el dolor de perseguir un ideal imposible.

Nadie buscó una lágrima en sus ojos, ni caricia alguna vino á secarla cuando se presentó en ellos; padeció hambre, frío, fatiga, pero llevaba en sí un don de Dios, patrimonio de algunos elegidos, la alegría interior.

El odio, los celos, el orgullo, no tuvieron cabida en su radiante alma. Amaba á los justos por que eran justos, á los malos por que eran desgraciados, á aquellos por su granpeza, á éstos por su humildad, á todos por que eran los hijos de Dios.

Lo que el mundo separa se reúne muchas veces en el cielo. Las dos madres se encontraron en la presencia de Dios. El mismo ángel de amor las cubrió con su ala.

Desde aquel mundo donde todo se eterniza y se purifica, velaban sobre sus hijos con tanto amor y solicitud como sobre la tierra, pero con mas discernimiento, porque sondeaban sin esfuerzo y con una luminosa claridad los pensamientos de aquellas almas tan queridas. La primera se llenó de turbación al descubrir el vacío, el tedio, el fastidio que se había apoderado del corazón de su hijo viendo lo que hubiera podido ser y lo que no era.

La otra sabía ya que la felicidad no era el patrimonio de su hijo. Había sido testigo de las crueles luchas, en cada una de las cuales dejaba un pedazo de su corazón. Había comprendido todas las tristezas del genio, y se había asustado al medir la amargura de aquella alma ulcerada, sus decepciones y el escepticismo que amenazaba apoderarse de ella. Y las dos madres exclamaron, ¿qué hemos hecho, Señor!

El ángel del amor oyó sus quejas y respondió:

—¡Ah! tú no fuiste prudente, porque creíste que la felicidad residía en la abundancia, que la calma era la alegría; el descanso, la felicidad; la falta de emociones, la dicha. ¡Oh madre! el que rechaza las espinas, rechaza las rosas. Y tú fuiste menos prudente todavía, tú que no comprendistes que no puede brillar la frente sin que arda y se abraze el corazón, y que no se compra la superioridad sino á costa de tormentos. Las dos madres replicaron:

—¿Dónde está, pues, la felicidad?

El ángel les hizo ver un hombre encorvado sobre el suelo, con la frente empapada de sudor, pero que cantaba con alegría pensando en que Dios bendecía su trabajo, y que de los granos que arrojaba en el surco saldrían gavillas para alimentar á su familia.

Después descubriendo el corazón de aquel hombre que iluminaba una estrella, el ángel les enseñó estas dos palabras escritas en él: *Trabajo, resignación.*

Aquel hombre feliz era el alma abandonada del huérfano, sin riqueza y sin talento, el que la Providencia había dotado de una sonrisa.

JOSE MUÑOZ Y GAVIRIA.

ESTUDIOS HISTORICOS.

GRAN CONJURACION CONTRA FELIPE IV.

PARA ALZAR REY DE ARAGON AL DUQUE DE HIJAR.

(1648.)

III.

EL TORMENTO.

En el día 28 de octubre por la tarde se juntaron los jueces para votar el proceso y dar su sentencia. El capitán portugués don Domingo Cabral, había prevenido á la justicia humana, y suicidándose en la cárcel, ahogándose con una sábana había sido encontrado muerto en aquella mañana. La junta después de haber estado dos días enteros deliberando, resolvió para mejor proveer que se diese antes de dar su fallo definitivo, tormento al duque de Híjar que se hallaba preso con las consideraciones debidas á su alta clase, en su casa de la calle de Toledo, frente al colegio de Jesuitas de San Isidro. Se cometió la ejecución de este auto á don Pedro Amezueta.

Con una fortaleza sin ejemplo y serenidad pasmosa sufrió el duque de Híjar su terrible prueba del tormento que no pudo arrancársele la mas leve indicación que comprobaba el alto crimen de que era acusado.

El día 2 de noviembre, martes, el alcalde de corte don Pedro Amezueta, previno al alcalde don Pedro de la Barreda, encargado de la custodia del duque de Híjar, que no diese de comer al duque. El alcalde conoció era diligencia de tormento, y guardó secreto sin decir nada á nadie. El duque estuvo aguardando su comida, y siendo así que se le solía dar á las dos, aguardó hasta que diesen las tres á que subiese el alcalde á dársela como solía, y viendo que eran las tres le envió recado. Por ocultarle dicha orden le envió á decir que estaba ocupado en un negocio, que le perdonase, con que á las cuatro volvió á enviar el duque otro recado con un alguacil, repitiendo se le diese de comer; y también se escusó el dicho alcalde como la vez pasada, y á las cinco envió el duque tercer recado diciendo que se le diese la comida, que no era razón de tenerle de aquella suerte en ayunas, que aquello no lo mandaba S. M. ni la junta, que si su merced estaba ocupado lo fiasa á los ministros. Volvió el alcalde á excusarse de la misma manera que las demás, diciéndole que perdonase que estaba ocupado en un negocio del servicio; y á esta respuesta dijo el duque: *mala señal es esta, á las cinco de la tarde no me dan la comida, y día en que han*

votado mi pleito, malo; tormento me parece que me dan. Y aunque esto lo dijo entre dientes para sí, no por eso lo dejó de decir de modo que lo oyó el alguacil de vista.

A las seis de la tarde, siendo ya de noche, vino el señor don Pedro de Amezueta en su coche, y traía de retaguardia detrás envuelto en una manta, el potro que lo llevaba un esportillero, y con él José de Goicochea, alcaide de la cárcel de Corte, y detrás de él los dos verdugos de Madrid y de Toledo. Habiendo entrado todos, el señor don Pedro Amezueta mandó cerrar las puertas, y que no se abriese ni dejase salir ni entrar á nadie; mandó á los ejecutores de la justicia que fuesen previniendo sus garrotes, cordeles y demas instrumentos necesarios; y en el interin don Pedro de la Amezueta examinó la casa y sitio adonde se había de fijar y amarrar el potro. Estando todo prevenido mandó que los doce alguaciles que estaban siempre de guardia, los ocho mas modernos tomasen sus armas, y se saliesen á la calle, y estuviesen al rededor de la casa, y no consintiesen que ninguna persona se parase. Habiendo salido dichos alguaciles se volvió á cerrar la puerta con sus dos llaves y pasador, y hecho esto se amarró el potro en la pieza que estaba inmediata á la del duque, quitando las camas y ropa de don Francisco de Quirós, alguacil y capitán Juan de la Oliva; y estando todo prevenido y á punto entró el don Pedro de Amezueta con el duque, y lo halló acostado, y habiéndole saludado le dió la noticia de como le iba á dar tormento, que se levantase. Hízolo así, quitándose el duque la camisa y levantándose con calzoncillos de lienzo rebózado en su ferruero. Se le hicieron los requerimientos acostumbrados, y respondiendo que no sabía nada le mandó don Pedro salir á la pieza donde estaba el potro y entrando en ella le dijo que se quitase los calzoncillos de lienzo, y quitándoselos, don Pedro sacó otros nuevos de holanda que él llevaba debajo de su toga y le dijo:

—Póngase V. E. estos que yo traigo. Al ponérselos dijo que no le cabían que eran muy justos; y el juez dijo: así han de ser. Y tomándole los puestos el duque preguntó:

—¿Ha de durar mucho esto, señor don Pedro? A lo que le respondió:

—Bueno es eso para quien trae orden de S. M. y de la junta para dejar á V. E. en el potro sino dice la verdad.

A lo cual dijo el duque:

—Pues si eso es así, desde luego perdono á V. S. y á quien es causa de que yo pase lo que paso, y perdono á Padilla, si Padilla tiene la culpa, porque Dios me perdone. Entonces dijo á los ejecutores:

—Amigos: siéntese uno en el potro para que yo sepa como me tengo de poner. Se sentó un verdugo y luego se sentó el duque en el potro.

Siendo las siete menos cuarto de la noche, le empezaron á amarrar bien amarrado, que así estaban bien prevenidos los dos ejecutores por el juez, y estándole poniendo las ligaduras, se empezó á quejar como con vergüenza, si bien las amarraduras eran tales que lo sufrió y disimuló todo lo posible; y en estando acabado de amarrar, que era en punto de las siete, le mandó el juez dar una mancuerna en los brazos; y como le iban apretando se iba quejando con rubor, haciendo reflexion en no quejarse ni que le oyesen quejar en la calle, y apretándole con toda fuerza dijo:

—Por Dios, señor don Pedro, que no tengo culpa, ni sé nada.

A lo que respondió el juez :

—Decid la verdad,

Estando tirando y apretando el verdugo, volvió á decir:

—Mire V. S., señor don Pedro, que no tengo culpa, lo cual repitió muchas veces, y á todas respondió el señor don Pedro:

—Decid la verdad.

Duró esta mancuera un cuarto de hora, y luego le mandó dar la segunda, la cual se comenzó á las siete y cuarto en punto, y empezándole á apretar no pudo disimular tanto, pues obligó al duque á levantar el grito muy alto, de modo que se oía en la calle todo lo que decía; prosiguiendo dichos ejecutores en apretar la mancuera, gritaba:

—Que me mataís, amigos; señor don Pedro, mire V. S. que no tengo culpa.

A lo que respondía el juez:

—Decid la verdad.

Así le continuaron apretando la mancuera otro cuarto de hora, mas al dar las siete y media en el reloj de San Isidro, mandó el juez se le diese la tercera mancuera, la cual se le dió; y apretándole se quejaba como en la antecedente, diciendo:

—Amigos, que me mataís, señor don Pedro, mire V. S. que no tengo culpa. A lo que respondía siempre el juez:

—Decid la verdad.

Así le estuvieron apretando esta mancuera hasta que dieron los tres cuartos: entonces le mandó dar la cuarta mancuera, en la cual se quejaba como en las antecedentes, durando hasta que dieron las ocho, y entonces le mandó dar un garrote en un muslo, y luego le mandó dar un segundo garrote en el otro muslo, y después tercer garrote, y todavía aun el cuarto garrote. Pareciéndole al juez que no estaba bien apretado le dijo al verdugo:

—Aprieta ese garrote mas.

Con gran serenidad respondió el duque:

—Tiene V. S. mucha razón, que estos otros estaban mas apretados, y apretad, amigos, que mas pasó Dios por mí.

Y apretando los verdugos se quebró el cordel del garrote, y entonces el juez les mandó que aflojasen en punto de las ocho y cuarto.

A este tiempo abrió don Pedro la puerta de la pieza donde estaba dando el tormento, y llamó al señor don Pedro de la Barreda, y á los cuatro alguaciles que estaban con él y al cirujano, y señalándoles con la mano al duque que todavía estaba amarrado al potro, les dijo:

—Miren Vds. eso.

Entonces se llegaron á desatarte y sacar los cordeles del fondo de las sajaduras que se le habían hecho en los brazos. El duque sudaba por todo su cuerpo, de manera que el sudor que gota á gota destilaba la cabeza y el pecho le caía en las sajaduras de los brazos, con que ayudaba á correr la sangre por el potro. Desatado, cogieronle en brazos los alguaciles y cirujanos, y lo llevaron á la cama, donde llegó con grandísimos temblores y escalofríos. Entonces el cirujano le dijo al duque:

—V. E. tiene frio.

A qué respondió el duque con valor:

—Pues, ¡por Dios! que no es de miedo!

Pidió que le abrigasen con la ropa de la cama, y que le echasen encima las capas de los alguaciles.

Abrigado ya, y después de sajarle las heridas, con alegre sonrisa dijo el duque á don Francisco de Quirós, que todavía estaba para poder hacer dos versos. Los alcaldes don Pedro de Amezueta y don Pedro de la Barreda se despidieron y se fueron así que vieron que había entrado en calor; y le curó don Francisco Gonzalez, cirujano de la cárcel, haciéndole tomar unos bizcochos empapados en vino, único alimento que hasta entonces había tomado en todo el día.

Por compasión le acompañaron todos los alguaciles hasta la una de la noche; y á aquella hora se fueron á recoger, quedando tres solamente: el alguacil Gregorio Martinez Cuadros, que á aquella hora le tocó de guardia, y asimismo se quedó el alguacil Francisco de Carrion, al cual le pidió que se pusiera sobre la cama y en la cabecera para tenerlo abrazado, porque no podía el duque descansar de sus terribles dolores.

El día siguiente, que fué miércoles 3 de noviembre, pidió el duque que le trajesen al cirujano para que le curase, por no haber podido sosegar de dolores en toda la noche, y el médico para que le visitase y presenciase sus curas; y también pidió le entrasen al barbero para que le afeitase; el cual lo hizo, y arregló los bigotes. Admirable es que estando desjarretado tuviese humor y ánimo para dedicarse al cuidado y arreglo de su persona. Volvió á visitarle el cirujano, y le halló mas deshinchadas las sajaduras, practicando una sangría en el tobillo.

En aquella misma noche del 2 de noviembre, terminado el acto del tormento, volvió don Pedro de Amezueta á ver á sus compañeros don Francisco de Robles, don Bernardo Operarrieto, don Martin de Larrocázagui, y don Melchor de Valencia, que reunidos en tribunal le estaban esperando.—Refirió el asombro que le había causado la constancia y serenidad del duque de Híjar, y el valor con que había soportado la prueba del tormento; negando siempre su complicidad en la conspiración. A pesar de los indicios y pretensiones, y de los discursos del fiscal, y de la inclinación que tenían los jueces á declararle culpable, no pudieron imponerle la última pena, y en el acto pronunciaron su sentencia á las diez de aquella misma noche.

El duque de Híjar fué condenado á una reclusión por toda su vida, bajo pena de muerte natural, si la quebrantaba, y en diez mil ducados para la cámara de S. M. y justicia, y en las costas mancomunadamente con los demás reos.

A las doce de aquella misma noche del 2 de noviembre se notificó al duque de Híjar esta sentencia por el relator de la causa. Apenas pudo oirla, medio muerto por el tormento.

A don Domingo Cabral, que el día anterior se había suicidado se condenó su memoria, aplicándose todos sus bienes al fisco, cámara de S. M., mandando que fuesen derribadas sus casas.

A don Carlos Padilla y á don Pedro de Silva, marqués de la Vega de la Sagra de Toledo se les condenó como reos de lesa-magestad á la muerte de cuchillo, y que les fuese cortada la cabeza por detrás como á traidores, confiscándose todos sus bienes aplicables á la cámara del rey, debiendo ser derribadas sus casas por el suelo, mandando-

se que todas estas sentencias se ejecutasen sin embargo de cualquiera suplicacion que de ellas se interpusiese.

IV.

EL CADALSO.

Pronunciada la sentencia se procedió inmediatamente á su ejecucion.

El duque de Híjar sin acabarse de restablecer de las heridas que le causara el atroz y bárbaro tormento que habia sufrido, salió á los dos dias para el castillo de Leon, donde debía terminar su vida, despues de quince años de una triste y penosa reclusion, vida que habia rescatado por la firmeza de su ánimo, por la fortaleza de su carácter.

El 3 de noviembre se notificó la sentencia de muerte á don Cárlos Padilla y á don Pedro de Silva, marqués de la Vega de la Sagra de Toledo.

Don Cárlos Padilla dejó asombrado con su valor á los padres espirituales que le asistieron, hizo todo lo que debia un buen católico cristiano, mostró en las señales exteriores que estaba tan en sí en aquel último trance de las cosas humanas, que conservando el despejo y valor militar, no mostró ni la menor alteracion, ni se le mudó el color: no se diria que él era el actor principal de aquel terrible espectáculo, si no que lo veia en otro con la mayor serenidad, cumpliendo en esto á la letra lo que en la carta á su hermano le habia prometido, por ventura impelido de mas alta causa que él conocia. «Hermano, le decia, matará mi mano sin enojo, y morirá mi cuerpo sin ruido, de que será testigo la obra.» Y así se verificó.

El dia 5 de noviembre era el señalado para la ejecucion de los dos reos. En aquel dia mandó el rey Felipe IV celebrar en sufragio y socorro de sus almas en todas las iglesias y numerosos conventos de la corte tres mil misas.

A las doce del dia salieron de la cárcel de Corte don Cárlos de Padilla, sereno y animoso y don Pedro de Silva, marqués de la Vega de la Sagra de Toledo, con capuces negros en la cabeza y en mulas con gualdrapas de bayeta negra. Precediales el pregonero, gritando: «*A estos hombres por traidores manda el rey cortar la cabeza por detrás.*» Entraron en la Plaza Mayor, llena de una inmensa muchedumbre. Allí se hallaba levantado el cadalso, desnudo, sin señal de luto alguno, y con dos sillas de pino.

Subió el primero don Cárlos asistido de algunos religiosos y del padre Agustin de Castro, de la Compañía de Jesus y predicador del rey. Conversó con él un breve rato, sin notarse alteracion en su semblante, y con la mano saludó á su compañero de infortunio el marqués de la Vega de la Sagra de Toledo, que se hallaba al pié del cadalso, ceperando le llegase el fatal momento de subir á su vez á él.

El verdugo le eortó la cabeza un momento despues por detrás, y la apiñada muchedumbre que llenaba la plaza exhaló un grito de terror y de compasion al oír rodar en el suelo la cabeza de un hombre que con tanto valor y serenidad afrontaba la muerte, y á quien habia meses antes admirado á la cabeza de un ejército del rey.

Subió despues don Pedro de Silva, marqués de la Vega de la Sagra de Toledo, rodeado de varios religiosos, y con-

versando cristianamente con el padre Pedro Pimentel, de la Compañía de Jesus.

Entonces hubo un momento de terrible confusion en la Plaza Mayor.

Un súbito terror se apoderó de los que se hallaban mas inmediatos al cadalso, comunicándose el pánico y la alarma á los que se hallaban mas distantes y que no podian conocer la causa que hacia correr á los primeros.

La escalera por donde acababan de subir los reos y demas personas que lo acompañaban al tablado que tenia bastante altura, se rompió de repente y desecha cayeron los tablones en el suelo con grande estruendo que aumentaba el religioso silencio con que la multitud contemplaba el fúnebre espectáculo.

El verdugo cortó la cabeza del jóven marqués de la Vega de la Sagra de Toledo, que dió un grande ejemplo de resignacion y humildad cristiana con mayor valor del que podia esperarse de su natural, aunque muy distante del de don Cárlos.

Acabada la ejecucion tendió el verdugo los cuerpos en el suelo y los cubrió con los capuces y las cabezas al lado, y así quedaron.

El padre Pedro Pimentel desde el mismo cadalso hizo una plática al pueblo fundada en estas palabras: *Spectaculum factus sumus mundo angelis, et hominibus*, del apóstol San Pablo á los de Corinto, capítulo V.

Al anocheecer cuidó el alcalde don Diego de Vellaveta, de que los enterrasen; hiciéronlo las cofradías de la Piedad y Misericordia, en el cementerio de San Ginés (que era el enterramiento de los ajusticiados) habiendo pedido en la plaza para las mortajas, y antes de morir, por las calles para hacer bien por sus almas, de modo que en nada los diferenciaron de los ajusticiados, malhechores comunes ordinarios.

El jóven marqués don Pedro de Silva era colegial entonces del colegio mayor de Cuenca de la universidad de Salamanca. Luego que la universidad tuvo noticia de su muerte, acordó que se quemase el manto y vega y las pruebas, como se hizo delante de las puertas del colegio, asistiendo dos colegiales á este infamante castigo, y el cuarto en que vivia quedó cerrado, tapiadas sus puertas y condenado para todo uso, permaneciendo como padron de ignominia.

V.

MUERTE DEL DUQUE EN UN CONVENTO.

Habian pasado quince años desde que habian rodado sobre el cadalso, en la Plaza Mayor de Madrid, las cabezas de don Cárlos de Padilla y del jóven marqués de la Vega de la Sagra de Toledo. En vano habian recurrido los hijos del duque de Híjar en tan largo transcurso de tiempo á la piedad de Felipe IV. Este rey se mantuvo inflexible en su severidad y el duque de Híjar agobiado con los años y los padecimientos, veia minorarse lentamente su existencia. En el mes de diciembre de 1663, cayó gravemente enfermo, los médicos declararon inevitable su muerte. Entonces sus hijos redoblando sus esfuerzos se arrojaron á los piés de Felipe IV suplicándole le diese libertad para que muriese al lado de ellos y en su casa. Felipe IV tan inflexible durante quince años, cedió á las lágrimas de los hijos del duque, concediendo á éste la libertad para que sus hijos pudiesen cerrarle los ojos.

Era demasiado tarde. Cuando llegó la orden, había espirado el duque de Híjar, había muerto con la resignación de un cristiano, con el valor de un noble caballero. El duque de Híjar que había negado en el dolor del tormento su participación en la conjuración contra Felipe IV, el día 29 de diciembre después de haber recibido el Sagrado Viático y pocas horas antes de morir, dirigió al rey en aquellos momentos en que á la vista de la eternidad no es dado mentir al hombre, una protesta de su inocencia concebida en los siguientes interesantes términos:

SEÑOR

«Yo don Rodrigo Samaniego de la Cerda y Mendoza y de Villandrando, conociendo que la hora de morir es tan precisa como natural y por lo que debo á Dios en los pasados y sucesores que me ha dado, y por la merced que me ha hecho en no dejarme incurrir en culpa divina ni humana contra el rey nuestro señor y por la satisfacción que debo dar al mundo desto, después de haber dado todas cuantas en el se pueden dar y no quedarme otra en este ni el otro mundo: torno á decir que por lo que debo á mis pasados y á mi sangre y sucesores en ella, con todo respeto á la real persona del rey nuestro señor por esto y por los particulares favores que me ha hecho naturalmente y por lo que deseo su larga vida, no es mi intención que le perjudique en nada el citarle ante el tribunal divino, pues Dios que es la verdad la sabe y desde él la puede dar á entender al rey nuestro señor y á mí darme la satisfacción que se me debe, haciéndome justicia ó por su real mano ó por la de Dios nuestro Señor, á quien suplico sea en tal forma que á todo el mundo conste mi inocencia. Y porque es verdad lo que digo lo firmo de mi mano el día que recibo el Viático. Dios guarde la católica y real persona de V. M. como la cristiandad ha menester y sus criados y vasallos deseamos, Leon y diciembre 20 de 1663.—El Conde de Salinas, Duque y señor de Híjar, Conde de Rivadeo, Conde de Belchite.»

En esta protesta citaba el duque de Híjar á Felipe IV sin señalar plazo, delante de Dios, y sin perjuicio de su persona real, para que allí tuviese plena satisfacción de esta verdad, la cual atestiguó también su confesor dirigiendo al rey la adjunta carta:

SEÑOR.

«Con la obligación de confesor del Conde de Salinas Duque de Híjar y haberlo sido tiempo ha y haber muerto en mis manos, digo á V. M. como el ánimo del duque fué de todas maneras protestar todo lo tocante á su inocencia como siempre lo hizo, y ahora y su ánimo fué hacerlo de todas cuantas maneras pudiese, y á mí á la hora de la muerte me pidió lo hiciese notar á V. M. Por cumplir con esto que me pidió lo hago por esta carta pidiendo á Nuestro Señor guarde la católica y real persona de V. M. como la cristiandad ha menester. Leon y enero 2 de 1664.—De Vuestra Magestad á los pies—Francisco de Gandía.»

La protesta del duque de Híjar y la carta de su confesor fueron entregadas á don Luis de Oyangaren, secretario del despacho universal, para que las entregara al rey Felipe IV.

No se sabe si esto se verificaria, porque los ministros

trataban de no contristar al rey, cuya constitución se hallaba ya por entonces muy alterada por las enfermedades y repetidos disgustos que recibía por las desgracias de la nación: pero corrieron por aquella época muchas copias de ambos documentos.

Se dió orden, ya que no había llegado á tiempo la de poner en libertad al duque de Híjar, para que fuese sacado su cadáver del castillo de Leon, trasladado á su casa de Madrid y enterrado con la solemnidad y honores propios de un grande de España. Hicieronle magníficos funerales en que ofició el arzobispo de Toledo. Ante el sepulcro del duque de Híjar creyeron muchos en su inocencia que había proclamado él mismo con tanta constancia en medio de los tormentos, y con tanta seguridad, pocas horas antes de comparecer ante el tribunal de Dios, al que citaba á Felipe IV, que dos años después en 1665, abrumado de pesares bajaba al sepulcro, dejando el cetro de dos mundos en las débiles manos de un niño, de Carlos II, con cuyo desgraciado reinado iba á desaparecer de España la poderosa dinastía austriaca.

EL CONDE DE FARRAQUER.

LO QUE ES EL FUEGO.

(CANCION.)

Coro.

¡Al fuego! ¡al fuego! ¡al fuego!
Comience alegre juego
Pues ya la hoguera se ve brillar.
Formemos ancha rueda
Y ¡honor al que mas pueda
Correr en torno, sin desmayar!

Voz.

Con mis rojas llamaradas
Que hacía arriba sueltas van,
Claro día torno al punto
La tiniebla mas tenaz.
Cual huye de mí la sombra
Huye téntrico el pesar,
Porqué engendra la alegría
Mi pura diaphanidad.

Coro.

Sigamos, pues, nosotros,
Corriendo unos tras otros,
Con franca risa, con grato afán;
Como de la florida
Juventud, en la vida
Las bellas horas, corriendo van.

Voz.

En las noches pavorosas
Del invierno mas glacial,

Os ofrezco tibio ambiente,
Serpeando en el hogar.
Y entretanto que por fuera
Silba rudo el vendaval,
Sin temor chisporroteo
Y enrojeczo vuestra faz.

Coro.

Al generoso abrigo
De tu calor amigo
La anciana madre nos reunirá;
Y narrando la historia
Del padre que esté en gloria
De noble orgullo nos henchirá.

Voz.

En el horno del labriego
Sazono el moreno pan,
Que alimento y larga vida
A sus pequeñuelos dá.
Y por eso ellos alegres,
Como á un amigo leal
Con su risa me saludan,
Risa de felicidad.

Coro.

Pequeñuelos que un día
No ya con su alegría
Turban del campo la muda paz;
Pues, padres de otros hijos,
Con afanes prolijos
La tierra labran, en mies feraz.

Voz.

Cuando en hondos remolinos
Hierva revuelta la mar,
Y densos crespones cubren.
Del cielo la inmensidad,
Yo digo al piloto: «¡Alerta!»
Desde el faro colosal;
Y él me responde: «¡Mi nave
Libertas de naufragar!»

Coro.

Así donde no brilla
Tu luz, la frágil quilla
Se abre en la roca que oculta está;
Y cuando el alba raya
Se ven desde la playa
Flotar sus restos aquí y allá.

Voz.

¿No veis en el alto monte
Horno candente humear?
En él, minero industrioso

Buscapreciado metal.
Mis llamas que alegres crujen
Dicen: «¡A tenerlo vas!»
Las que entraron toscas peñas
Rios de plata saldrán.»

Coro.

Ahondemos en la tierra
A ver si avara encierra
Ricos tesoros que conquistar;
Y al mísero que llora
La mano protectora
Do quier que gima podremos dar.

Voz.

De un invasor las falanges
Huellan con ardor marcial
Las fronteras de la patria
Que custodia la lealtad.
Mas tronando en cien cañones
Contengo su ímpetu audaz,
Y hallan muerte do creían
Conquista y siervos hallar.

Coro.

Un pueblo rudo y bravo
Vivir no puede esclavo:
Caer con honra le importa mas.
Si adversa le es la suerte,
Sabe hallar digna muerte,
Pero rendirse..... jamás, jamás.

Voz.

Ayer desunida, triste,
Vagaba la humanidad:
Hoy cual inmensa familia
Se une en lazo fraternal.
Y es porque el vapor que engendro
Rauda cruza tierra y mar,
Heraldo y ejecutor
De la Eterna voluntad.

Coro.

El hombre, por tí solo
De un polo al otro polo
Veloza cual flecha corriendo va.
Si le inspira tu aliento,
Las regiones del viento
Hender mañana logre quizá.

Voz.

Si oís que en sueño de orgullo
Se desvanece el mortal
Y olvida que le formaron
Polvo y tierra nada mas;

Dejadle dormir, pues pronto
Con sulfúrea claridad
Surcando el rayo los aires
Su despertador será.

Coro.

Vedle en deshecha orgía,
Los cielos desafia
Con su mirada fiera y procáz.
¿Te vió lucir acaso?
¿Por qué arroja su vaso?
¿Quién amarilla torna su faz?

Voz.

En el cóncavo profundo
De este globo terrenal,
Conmoviendo las montañas
Me revuelvo sin cesar.
Ciudades que ciegas viven
En impureza y maldad
Desaparecer las hago
Convirtiéndome en volcán.

Coro.

Pompeya la pagana
Se erguía ayer ufana
Reina de vicios y vanidad;
Pero sonó su hora,
Y en lava asoladora
Quedó anegada con su impiedad.

Voz.

Fuera de esta corta vida
Otra eterna ha de reinar
Do soy crisol para el bien
Y tormento para el mal.
Elegid vuestro destino
Sin funesta ceguedad,
Porque la vida y la muerte
Dentro de mí ser están.

Coro.

Adios, decid al fuego:
Termine el loco juego
Porque la hoguera muriendo va.
Tornemos al reposo,
Que un Genio misterioso
Sus excelencias nos dijo ya.

ANTONIO ARNAO.

EL MUSEO ARQUEOLOGICO

DE LAS THERMAS Y DEL PALACIO DE CLUNY.

EN PARIS.

Si se dijese que la Francia, ese país de los grandes adelantos en las artes y en la industria, esa nación que pretende dirigir los pasos de la civilización moderna, no contaba hace quince años con un *museo* nacional de antigüedades, acaso no se creería, y sin embargo, hasta el año de 1844 no se abrió por vez primera al público el *museo* arqueológico llamado de las Thermas y del palacio de Cluny, que tanto causa hoy la admiración de todos los viajeros.

Dos son los edificios, y por cierto bien antiguos, que se utilizaron para plantear tan importante establecimiento: es el uno el antiguo palacio de las Thermas, y el otro el *hotel* de Cluny. La época del primero se remonta nada menos que al tiempo de los Césares, en los primeros años del siglo IV de nuestra era. El segundo debe su origen al celo de Juan de Borbon, abad de Cluny, hijo natural de Juan I, duque de Borbon.

En efecto, si bien los historiadores parisienses no están acordes acerca de la fecha precisa en que debió construirse el palacio de las *Thermas*, se supone que fué su fundador Constançio Cloro, por haber permanecido en las Galias unos catorce años, y es lo cierto que no existe en la capital de la Francia otro monumento mas antiguo, no pudiendo dudarse de que se levantaba ya sobre el área donde hoy le vemos en tiempo del emperador Juliano, de quien tambien recibe nombre. No obstante, con el trascurso de los siglos y con las diferentes construcciones que sobre sus cimientos se levantaron, á fines del siglo XV solo quedaban ruinas de tan antiguo palacio, y entre ellas las salas convertidas en la actualidad en *museo*. Cuando á fines del siglo pasado, á consecuencia de haberse declarado nacionales los bienes religiosos, fueron puestas en venta las indicadas ruinas, que pertenecían entonces á la abadia de Cluny, se dió el lastimoso espectáculo de servir de taller á un tonelero el recinto desde donde los emperadores romanos daban leyes á medio mundo, recinto que habia servido de residencia á los reyes francos y á los primeros personajes de la antigua Lutecia, durante la edad media. Los edificios, como los hombres, como las instituciones, tienen tambien sus periodos de prosperidad ó decadencia!

En 1807, un decreto imperial concedió los restos del palacio de los Césares al hospicio de Charenton, y solo en 1819 fué cuando la municipalidad de París concibió el proyecto de establecer en las Thermas un *museo* destinado á la conservacion de antigüedades galas y romanas de la misma ciudad. Pero abandonado este proyecto se pasaron muchos años sin que volviese á pensarse en él. Mas adelante en 1836, el consejo municipal propuso al prefecto del Sena que los restos del palacio romano entrasen en el dominio de la villa de París, y así se hizo, por lo que cuando en 1843 adquirió el Estado el palacio de Cluny para formar un *museo* de antigüedades nacionales, la municipalidad ofreció al gobierno el palacio de las Thermas, reuniéndose ambos monumentos para dar asilo á los restos y recuerdos